

Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo

Conversaciones entre Pablo Barbetta, Julián Rebón y Agustín Salvia

Bajo el título "Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo" el Comité Editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Pablo Barbetta, Edna Muleras, Julián Rebón, María Carla Rodríguez, Carla Bertotti, Verónica Mundt y Mercedes Vega Martínez y Agustín Salvia para intercambiar opiniones sobre los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del Comité sobre este tema. Para facilitar el diálogo se decidió realizar las conversaciones en dos grupos. De esta forma se reunieron por un lado tres artículos que dentro de la temática del trabajo hacen hincapié en los movimientos sociales que tienen incidencia en la construcción de subjetividad; por el otro lado el artículo marco acerca del mundo del trabajo en la década del 90 y dos experiencias sectoriales, una en el sector industrial y otra en el sector rural.

La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación está incluida en el número 4 de la revista **Argumentos**. Ellos son *Crisis del empleo y nueva marginalidad en tiempos de cambio social. Génesis de una catástrofe anunciada* de Agustín Salvia, *¿Empresas de trabajadores* de Julián Rebón, y *Nuevos emprendimientos socioproductivos ante la crisis* de Pablo Barbetta.

Estas *conversaciones* se desarrollaron el 14 de abril de 2005 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Las *conversaciones* constaron de tres partes, en la primera cada autor expuso su mirada en torno al tema planteado, retomando los ejes centrales desarrollados en su adelanto de nota, en la segunda, realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con las exposiciones y los *adelantos de notas* de sus colegas, y, en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado se intercambiaron puntos en común, aclaraciones, objeciones, defensas y críticas.

Agustín Salvia: Un punto de partida es pensar en los cambios que están ocurriendo en nuestro país en clave de crisis. En primer lugar, considero que corresponde que nos ubiquemos en la Argentina de principios de Siglo XXI, en términos de las condiciones económicas y político institucionales por las que el país

está atravesando, después de ciclos de profundas crisis económica y políticas, de una dinámica económica e institucional que ha dejado marcas estructurales muy importantes en términos de pobreza, desempleo y concentración del ingreso. Todo esto deja ver un proceso inconcluso en cuanto a la falta de un modelo viable de organización capitalista para el país. No sólo me refiero a las políticas económicas de la década pasada, en términos de intentos de reformas económicas y del Estado, sino de un proceso de crisis y de decadencia del capitalismo argentino que lleva más de 30 años, no sólo en el régimen de acumulación sino también en el régimen de dominación y control político. Esto se expresa en una profunda crisis de legitimidad y de valores ciudadanos.

En tal sentido, sostengo que lo que surge como una importante movilización de actores sociales en favor de la autogestión política y económica, de discursos cargados de un sentido progresista en cuanto al cambio social, a las posibilidades de organización del campo popular y a las posibilidades de enfrentar un nuevo escenario histórico de transformación, debe ser matizado a la luz de un proceso histórico complejo y de más largo alcance. En primer lugar, cabe mencionar el agotamiento de modelo de crecimiento industrial basado en el mercado interno, lo que explica la actual crisis del empleo y de las instituciones reguladoras del mercado de trabajo. En segundo lugar, la crisis del sistema de dominación política, cualquiera sea su forma: democrática o autoritaria. Este sistema de dominación bien puede ser definido como un sistema de legitimación basado en una organización corporativa, siendo su crisis justamente una de las claves con la cual puede ser leído el nuevo escenario de movilización social y popular.

De esta manera, los procesos de cambio social –donde la actual conflictividad social es un emergente más- están fuertemente determinados por una profunda crisis del modelo de país fundado en el crecimiento industrial, el pleno empleo, el trabajo asalariado y el modelo cultural asociado a ese tipo de contrato social. La explicación de este proceso, reitero, no debe buscarse no en las políticas de la última década sino, en primer lugar, en el proceso de transformación de la economía mundial y los cambios tecnológicos y, en segundo lugar, en la incapacidad del capitalismo argentino y sus clases dirigentes –en ese contexto global- de conducir un proyecto viable de acumulación y desarrollo económico y social. En este contexto, las grandes corporaciones económicas, las grandes corporaciones internacionales y los grupos financieros, han ido ocupando el lugar dominante a nivel de la reproducción económica y del mercado de trabajo. En ellos, como es sabido, no hay un proyecto de país vinculado a su existencia sino un

proyecto económico corporativo. En este sentido el problema de nuestro subdesarrollo no está en los actores externos, sino en los sectores y actores nativos incapaces de proveer un proyecto de país sustentable.

De esta crisis del modelo industrial y del modelo institucional corporativo no emergió un ejército industrial de reserva sino una masa social de marginados que más allá de que puedan o no presionar en ciertas condiciones o coyunturas económicas sobre el resto de los trabajadores en función de bajar salarios, dividir la fuerza de trabajo, etc., quedan cada vez más desplazados del circuito capitalista de producción, comercialización y distribución, quedando obligados a ocupar espacios de subsistencia individual o colectiva: los llamados circuitos de la pobreza. Tales circuitos son capaces de generar modos de reproducción autónomos, en los márgenes del mercado y de los espacios públicos regulados legalmente por el Estado. Estos circuitos constituyen generalmente formas colectivas o individuales de subsistencia frente al desamparo del circuito de acumulación y de las políticas económicas del Estado.

Es partiendo de este contexto que sostengo que los nuevos actores y sectores ubicados en llamada economía social y los movimientos de autogestión asociados a estas variadas formas de organización económica, deben ser leídos como "economías de la pobreza", es decir, como economías de la subsistencia, siendo su principal matriz de identidad no la autonomía ni la libertad sino la necesidad de sobrevivir, quedando para ellos obligados a demandar y negociar ante el Estado y ante el mercado capitalista estructurado un espacio marginal de sobrevivencia –cada vez menos conflictivo- para la reproducción del sistema económico y del sistema político. Muy lejos todo esto de un proceso que abra la puerta a un nuevo actor político o económico que transforme el modelo político o económico dominante.

Para cerrar en este punto: a mi juicio, la clave para entender el actual proceso de cambio social y político relacionado con estos nuevos actores que ocupan espacios económicos no estaría en el mayor protagonismo de los sectores desplazados ni en la fuerza o alcance que asumen sus acciones políticas, sino en la capacidad de negociación y de legitimación que mantienen las clases dominantes y los sectores dirigentes de nuestro país, los cuales no fueron desplazados –ni parece que lo vayan a ser- del control del sistema político-económico, más allá de los 30 años de decadencia y de las últimas catástrofes económicas.

Julián Rebón: la pregunta que nos convocaba era en qué medida en los sectores populares había una alternativa a la crisis. Más allá de los diversos intentos de diferente tipo que ha habido, sobre todo en el momento más fuerte de la crisis capitalista en los últimos años, yo me voy focalizar en lo que más conozco y vengo investigando, que es el proceso que se ha denominado recuperación de empresas. El mismo involucra un conjunto heterogéneo de experiencias, en el cual asalariados de empresas en crisis -cualquiera sea el carácter de ésta-, han avanzado en la dirección total o parcial de la producción. Esta desobediencia al desempleo (el destino que carácter social dominante había asignado a estos trabajadores) tiene su factor explicativo, o su factor estructurante, en la misma crisis capitalista, la cual pone en crisis las condiciones de reproducción de distintas identidades. Esta crisis, que asume diferentes dimensiones en las distintas escalas de lo social, crea las condiciones para una nueva forma de articulación de identidades sociales. El espacio en el cual se da es el espacio de pequeñas y medianas empresas industriales en proceso de abandono productivo, ya sea este parcial o total. El perfil de los trabajadores involucrados es el de trabajadores estables, con una estructura etaria envejecida, o relativamente envejecida, con niveles de antigüedad, que ocupan puestos de trabajo de baja calificación, y que tienen cierta experiencia previa en organizaciones sociales o procesos de movilización colectiva, más allá de que estos niveles no sean lo dominante en esta fracción. Ahora bien, este proceso que tiene su base en esta fracción social es atractor, concentra la solidaridad de distintas identidades. De algún modo van a construir objetivamente una embrionaria alianza social. Ya sea con las capas medias en ese momento movilizadas, en asambleas u otras formas, la solidaridad vecinal, los piqueteros, u otros tipos de movimientos sociales. Al mismo tiempo encuentran en ese período de crisis el apoyo, por diversas razones, de fracciones de la clase política. Ya sea por cuestión de la historia particular de ciertos cuadros del Gobierno de la Ciudad, del Gobierno de la Provincia, o por razones de conveniencia política, estos procesos reciben cierto apoyo. Apoyo obtenido, es verdad, a partir de la confrontación, a partir de la presión por parte de los actores. Pero objetivamente se los apoya, sobre todo en el tema de la cobertura legal, aunque esta asuma un carácter temporal, limitado.

Ahora bien, hay una variable interviniente que nos parece central para destacar estos procesos, que es el tema de los destacamentos promotores o los activistas. Esto, si bien no es el elemento explicativo, en tanto destacamentos de este tipo preexistían a estos procesos -de hecho en el 80 hubo en la zona sur de

Buenos Aires, la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes llevó a cabo un conjunto de experiencias de este tipo-, es la crisis el proceso que permite que estas identidades pueden expandirse y desarrollarse. En esta se crean las condiciones favorables para que estos promotores intervengan y desarrollen su experiencia. El proceso, entonces, no es espontáneo, no se restringe a los colectivos laborales. Estos cuadros en su gran mayoría son cuadros que no preexistían en la empresa anterior, la empresa fallida, son cuadros que se incorporan y traen experiencia acumulada, un conocimiento indirecto que aportan para que el proceso se desarrolle. Recursos materiales, recursos intelectuales, o recursos morales, legitiman esta posibilidad de avance. Entonces el proceso no es espontáneo pero tampoco es una inducción: es un proceso semi espontáneo, fruto de una crisis en el cual unos destacamentos logran desarrollar y construir una forma social viable que articule diversas identidades. En lo inmediato yo considero que estos obreros han ganado en autonomía, en grados de libertad, y en algunos casos en grados de unidad, proporcionando una herramienta que puede ser instalada en la caja de herramientas de la clase obrera ante situaciones de abandono productivo. Obviamente en un contexto en el cual hay una recomposición capitalista de la crisis las alternativas para su uso se ven restringidas. No obstante, pueden seguir funcionando para determinados procesos. Y también como amenaza en empresas que no abonan salarios en tiempo y forma. Por otra parte, queda instalada a futuro, para enfrentar crisis futuras, al estar instalada como alternativa.

Por otro lado, estos trabajadores esbozan, sin pretenderlo, una crítica socioproductiva al capitalismo. Cuando se empieza a avanzar sobre la producción, la unidad productiva no asume un carácter capitalista. En la misma no hay un consumo productivo de fuerza de trabajo asalariada. O al menos esto no es lo dominante, cuando lo hay. No obstante, es verdad que el proceso de trabajo mantiene y prolonga muchas características de la antigua empresa. No todas. Este no capitalismo no supone anticapitalismo, en tanto el desarrollo de un proceso que desate una vulneración de las condiciones de dominación en el sistema en general.

Y no es ninguna novedad que, pensando en el largo plazo, el modo de crecimiento del capitalismo genera permanentemente contradicciones inmanentes de muy diversos órdenes y escalas. Y que la resolución de estas es en definitiva la expansión del capitalismo, pero al mismo tiempo la resolución inmediata puede adquirir formas que en el principio no son capitalistas, que pueden desarticular la normatividad dominante. Pero hasta ahora históricamente el capitalismo ha mostrado una gran capacidad para subsumir estas resoluciones no capitalistas en lo

inmediato. Subsumirlas e incorporarlas. Y de algún modo controlarlas, funcionalizarlas. Haciendo una mirada desde la sociología crítica, la pregunta es ¿en qué medida uno puede colaborar en que la historia no sea permanentemente la reiteración del pasado? Pensándolo también en términos de larga duración. ¿A qué me refiero con términos de larga duración? Yo quiero convocar ahí a la reflexión, y creo que el enfrentamiento al carácter capitalista de las relaciones sociales constituye un proceso de muy larga duración, cuya posibilidad de trascendencia depende de atacar el núcleo estructurante del campo de producción. El conocimiento, a mi entender, puede favorecer que cada nuevo esbozo de crítica productiva no se base en el ensayo y error, y tenga más chances de acumulación. Y de algún modo que estas experiencias sean capaces de nutrir a las nuevas. Obviamente, esto puede implicar que en el corto plazo estemos ante muchas de las alternativas que critica Agustín en su artículo. Pero esto es parte de la discusión posterior...

Pablo Barbeta: En cuanto a los emprendimientos productivos, necesitamos analizar los procesos que se dieron en el agro. Si uno dice "nuevos emprendimientos" es necesario determinar aquello que es "viejo", o en todo caso analizar qué tienen de nuevo esto que llamamos nuevos emprendimientos socioproductivos. En las experiencias organizativas durante el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, el ISI, el estado cumplía un papel importante en la creación de asociaciones gremiales. Podemos citar, entre otras, UATRE, FOTIA, la Cooperativa de Campo de Herrera, FACA, que es el movimiento cooperativo ligado a federación agraria. Pero como se marca en muchos trabajos, este modelo articulado se empieza a desarticular a partir de la década del 70 y en la década del 90 hay una profundización de esa desarticulación. En el agro supuso la disminución del número de explotaciones, el incremento del tamaño medio promedio de las exportaciones agropecuarias, la intensificación de la capitalización en los procesos productivos, y la disminución del empleo rural. Por otra parte, aumentaron los márgenes entre los precios mayoristas y minoristas reflejando la creciente influencia del supermercadismo, que en definitiva contribuyó a que bastos sectores sociales redujeran sus consumos alimentarios, y cuya expresión son los índices de pobreza e indigencia. Esta situación alcanzó tanto a población rural como urbana. En este contexto el estado implementó una serie de programas para atemperar los efectos del ajuste, Cambio Rural para medianos productores, y el Programa Social Agropecuario, para los más pequeños. El objetivo de estos

programas era lograr una mejor integración a través de la promoción de formas asociativas. Durante la década del 90, en términos políticos, las acciones colectivas de protesta llevadas a cabo por diferentes actores reclamaban mayormente la acción del estado como algo exterior al modelo económico vigente y a posteriori cuando algo había fallado. Sin embargo, la intensificación de la desigualdad social, unida a un incremento de la pobreza y de la polarización social, y la degradación de la educación y de los servicios de salud, diluyeron, paulatinamente, la capacidad del Estado para articular los intereses y demandas de los distintos grupos sociales. Justamente ante este estado sobre-exigido que ya no podía reestablecer el orden como lo había hecho antes, muchas organizaciones, aparte de lograr espacio público reclamando por sus derechos, empezaron a articular sus estrategias políticas con emprendimientos productivos. Los casos que cito en el trabajo, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, el Movimiento Agrario Misionero, que estas organizaciones tienen la particularidad de situarse por fuera del sistema institucional formal, de los partidos políticos, de los sindicatos, y buscan romper y superar las reglas de juego del sistema haciendo hincapié en una lógica de acción institucional que fomenta las formas autoorganizativas. A nivel productivo plantean una ruptura con el modelo agropecuario vigente. Se trata de proyectos productivos sustentables, tanto a nivel económico como social y ecológico, que buscan garantizar la soberanía alimentaria de las comunidades. Además, intentan conformar redes de comercio justo, donde el intercambio social lo determinante es el valor del trabajo incorporado al producto, y no su precio de mercado. Por otro lado también es interesante ver cómo estas experiencias que se enmarcan en el ámbito rural tratan de trascender el mero espacio de la comunidad local buscando articularse con la ciudad a través de las redes de comercio justo, un ejemplo es La Asamblearia, o la experiencia del Movimiento Campesino de Córdoba, que conformó una red de comercio justo con la ciudad de Córdoba.

Agustín Salvia: Según entiendo, se sostiene que estas acciones económicas de "alternativa" llevadas a cabo por actores sociales desplazados, sea en el espacio urbano o en el espacio rural, constituyen una afirmación de la autonomía obrera o de los productores frente al sistema económico dominante; y que, en algún sentido, estas acciones socavan elementos político institucionales y marcos normativos del sistema capitalista, degradando o desgastando de alguna manera el marco regulatorio de ese sistema. Al mismo tiempo, se sostiene –en particular Julián Rebón- la marca en la conciencia colectiva que deja la experiencia obrera, que más

allá del éxito o fracaso del devenir de todo esto, constituye una marca histórica que podrá ser o no recuperada en el proceso de la lucha social.

Hasta aquí es como yo interpreto las dos lecturas. Ahora bien, aceptando incluso que los procesos son polivalentes y que todo esto puede ocurrir en el marco del desarrollo histórico, creo que el mejor aporte científico que se puede hacer a un cambio progresista es sostener una visión más crítica y menos ingenua de lo que está ocurriendo en la dinámica social. El resultado de las investigaciones empíricas que hemos hecho analizando las trayectorias y experiencias subjetivas en distintos segmentos o grupos sociales que sobreviven en el espacio de la marginalidad (incluidos trabajadores de empresas recuperadas y de movimientos piqueteros), deja como resultado un predominio de comportamientos fundamentalmente basados en reglas de reciprocidad, que si bien logran realizar un espacio de subsistencia y de contención frente a la crisis, son experiencias con alto grado de instrumentalidad individual y de atomización institucional, muy poco cargadas de un sentido político-ideológico o valorativo en cuanto al valor de lo colectivo por sobre la subsistencia económica. Más allá de la forma colectiva que asuman, y de los discursos que porten o quieran instalar los "destacamentos" de promotores que generalmente aparecen conduciendo estos procesos.

Una lógica de la reproducción domina las acciones de los trabajadores que participan de estos proyectos, por sobre cualquier otra intención o voluntad política, por sobre cualquier discurso que intente elevar tales prácticas a un escenario de lucha y transformación económica o política. No se trata de actores ideológicos, más allá de lo que quieran sus promotores, sino de actores fuertemente devaluados. Es decir, actores que, por una parte, desarrollan formas colectivas de acción sólo como un medio para la subsistencia y no para el desarrollo de un proyecto alternativo de sociedad; y, por otra, se trata de actores que se encuentran totalmente sometidos a la capacidad de confinamiento que tiene el régimen de acumulación dominante y el sistema político, el cual no los requiere, no los necesita, siendo incluso capaz de reclutarlos, y que si no se eliminan es porque conviene que sigan estando controlados y subsistiendo bajo los complejos y difíciles circuitos de la pobreza.

Es por ello que creemos que estos actores están lejos de ser un actor social capaz de entrar en el escenario político con la fuerza de la transformación social. Se trata de sujetos marginados -ya sea por sus propias estrategias o por la estrategia del estado. No sólo ahora, sino incluso en los momentos más conflictivos de la

última crisis. Constituyen un conjunto de actores que quedan reclusos o auto reclusos, en los márgenes del sistema, sin que tampoco puedan ser definidos como excluidos. En el mejor de los casos, estos actores pueden llegar a ocupar –como en algunos casos lo han hecho- un espacio marginal en la acumulación capitalista y en el sistema político, pero esto sólo en la medida que asuman las reglas de productividad y de disciplinamiento que requiere el mercado y el sistema político. Si lo hacen, pueden mejorar sus capacidades de subsistencia; si no lo hacen, resultan confinados a una más difícil existencia económica, por lo general, con muy bajo grado de legitimidad y con una cada vez más inofensiva conflictividad. En el horizonte de estos actores –incluso para los destacamentos de promotores- hay un estado de referencia al cual reclamar y con el cual negociar. La gente no le reclama al capitalismo (más allá de que a veces hay unas normas de legitimación que afectan la posibilidad de esos reclamos), no pelean por el cambio de la normativa, sino que pelean por una subsistencia más favorable. Un dato no menos relevante es que no son pocos los casos en donde los promotores quedan de hecho corporativamente vinculados al Estado o terminan siéndolo, más allá del discurso político transformador que intentan instalar.

Julián Rebón: en realidad cuando leí el artículo de Agustín me pareció interesante. El suyo es más generalizador y los nuestros tienen más que ver con experiencias concretas de investigación. Mi primera impresión cuando lo leo es que me gusta, porque no tiende a caer en el campo de la ilusión, en el que muchas veces se cae cuando se analizan este tipo de procesos. Pero cuando lo vuelvo a leer, por momentos me parece que la lectura termina siendo negativa y especulativa hacia los procesos, aunque por momentos no. Y hasta de algún modo me parece que puede llegar a ser injusta, sobre todo alguna de las caracterizaciones que hace. Quizás porque involucra procesos bastante diferentes, no es lo mismo cierto microemprendimiento que una empresa recuperada, que lo que puede ser la experiencia del MOCASE o las experiencias de Misiones, se comparan cosas de muy distintas y diversas escalas. Con lo cual, por ejemplo, la categoría de la nueva economía de la pobreza, uno se pregunta, yo cuando lo veo con mi material de campo me pregunto ¿es justo decir pobres por ejemplo a obreros de una empresa, que ganan por arriba de la línea de pobreza, y además porque han pasado a controlar con mayor o menor grado sus medios de producción, tienen más control sobre el proceso de trabajo, no tienen todo el control pero tienen más control sobre el proceso de trabajo, en relación al estado precedente. Y tienen mejores

condiciones de trabajo. Cualquiera va a una empresa y pregunta ¿cuál es el cambio sustantivo? La tranquilidad de trabajar sin patrón. La calidad de vida que significa estar sin autoridad externa afuera. Al hablar de "economía de la pobreza" ¿no se estará pensando estos procesos desde parámetros capitalistas? Por otra parte yo no veo que estén más fragmentados, al contrario, han construido grados de unidad al interior de la empresa, y muchas veces es el primera vez que se relacionan con otras identidades, como puede ser la identidad del ámbito universitario, como pueden ser otros movimientos. Para muchos de ellos es la primera experiencia en la cual empiezan a discutir procesos de índole política, social, que jamás en su vida habían discutido ni tenido acceso. En este sentido, atribuirle mayor fragmentación, menos autonomía, más alineación, me parece especulativo. No es que esté diciendo que no es trabajo alienado el que se produce ahí, en tanto el trabajo es una actividad externa, se trabaja porque se necesita trabajar. Pero me parece que hay quiebres, rupturas, que a veces cuando uno utiliza un concepto muy general, que abarca distintas experiencias, puede objetivamente ser poco riguroso. Además posiblemente ahí el tema está en el lugar contra el que vos discutís, contra estas hipótesis de la economía social, etc., que vos opinás que de algún modo ven ahí la alternativa social nueva, de una salida al capitalismo argentino. Entonces, obviamente, si uno compara estos procesos con tamaño tarea, obviamente quedan muy chiquitos. Porque es inmensa la tarea. Entonces, reclamarle eso a ellos... Yo no se los reclamo, porque me parece que objetivamente no lo pueden dar. Pero sí tienen otras cosas, otro aporte en la construcción de nuevos cuadros, en la construcción de nuevas experiencias. Que eso sea acumulable en el corto plazo, que implique un salto, me parece que es pedirles demasiado. Pero sí a mí me parece una experiencia tremendamente positiva. En relación al carácter de las confrontaciones actuales, sigue siendo un período, a lo mejor retomo una vieja categoría, en que la lucha de clases, tiene un carácter dominante intercapitalista. A mi entender ninguno de estos procesos logra superar ese carácter. Por más de que este proceso que yo digo que es no capitalista, en algunos procesos muy particulares puede adquirir un carácter anticapitalista. Pero obviamente esto es pendular, no se logra consolidar, no hay condiciones para que se consolide. Pero por ahí va la discusión, o más que discusión, diálogo. Yo adscribo a muchas de las cosas que decís, pero no al modo en que las decís, porque hay una distancia.

Agustín Salvia: Retomo el tema de lo nuevo y lo viejo, que también Pablo señala. Yo creo que experiencias de esta naturaleza no cambian las condiciones político-

económicas dominantes. Ahora bien, con esto no niego que para los actores involucrados todo esto no signifique prácticas nuevas, incluso muy valiosas y útiles –de hecho, es el modo que tienen de subsistir-; pero también creo que para otros actores tales prácticas son degradantes. Es decir que el sentido que los sujetos le dan a sus acciones es múltiple, hay diferentes modos de significar las prácticas de subsistencia colectiva en la pobreza. Por mucho que aparezca una motivación en términos de organización colectiva, esto se sostiene cuando la empresa u organización tiene éxito en su cometido económico. Es decir, cuando hay éxito en la empresa y hay ganancias, todos se ven beneficiados, y yo lo que destaco es esto, el interés fundamentalmente de la fuerza de la racionalidad económica que tienen estos procesos, más allá de los discursos políticos en los cual se los monta. No recuerdo ahora el nombre de la experiencia concreta, pero en una de las empresas recuperadas consultamos al dirigente de esta organización, al promotor dentro del grupo de los trabajadores, si quería que su hijo trabajara en esa empresa, y su respuesta fue contundente: “no, de ninguna manera”. La empresa recuperada no era objeto de una valoración que lo trascendiera. No formaba parte de su herencia, no era un capital valorado. Quería que sus hijos estudiaran, fueran universitarios, entraran a una empresa mejor, mejoraran sus condiciones de vida, y no el presente de deterioro y de lucha que tenía que padecer su padre. Es cierto que es un ejemplo, no es generalizable, porque sin duda también hay promotores y trabajadores muy comprometidos con el proyecto de autogestión.

Reitero la idea de que este fenómeno parte de relaciones sociales que se crean bajo condiciones de desamparo político, económico, social. Estas relaciones que pueden expresarse tanto en la trayectoria de los trabajadores que ocupan una empresa, de la trayectoria de campesinos o productores que se asocian en función de un proyecto, o, por ejemplo -lo pongo en los lugares más marginales- de las trayectorias de autoorganización que logran a veces las prostitutas en los lugares pobres, que logran los feriantes marginales en las colas de feria, la que alcanzan los talleristas ilegales cuando se ocultan en un barrio o villa para producir en forma clandestina y organizar un circuito de producción y de organización, la que logran las bandas de delincuentes. De esta manera, los mecanismos de cooperación y autogestión que operan bajo estas formas de organización, que se supone son una clave para una nueva etapa social o una marca positiva en la historia de la lucha social, constituyen en realidad formas marginales y precarias de existencia social; muchas veces adoptando formas muy poco democráticas, dado que el sostenimiento de la acción colectiva requiere de un poder de tipo corporativo

mafioso. Sí, luchan, pero luchan originalmente desde el espacio de la subsistencia, sin ningún fin político, ningún fin ideológico, sin destacamentos que los organicen en función de algún movimiento político. Claro que son capaces de poner en juego un discurso político, pero ello siempre y cuando se les garanticen mejores capacidades de subsistencia.

Los sectores marginales buscan subsistir, buscan sobrevivir, buscan salir de la pobreza de alguna manera, buscan salir de ese estado de marginalidad, fortaleciendo, sin saberlo, los circuitos de la pobreza. Entonces lo que está en juego son pequeños privilegios, que generalmente se consiguen no con la gran articulación y la gran integración de estos movimientos en un movimiento político y social común, sino en la medida en que cada grupo opere y negocie por separado. El sistema político es funcional en eso y brinda la posibilidad de negociación, reclutamiento, confinamiento, aislamiento... Toda esta lectura me lleva a descreer de la capacidad transformadora de la autogestión de los nuevos actores sociales. No quiero con esto desmerecer a los sujetos involucrados, sino desmistificar la lectura progresista que se hace de ese actor en cuanto a sus capacidades transformadoras, no sólo frente a los que están planteando la posibilidad de crear una economía social como alternativa al capitalismo, sino también frente a la idea de que esto pueda estar socavando de alguna manera al capitalismo argentino. Yo creo que no.

Pablo Barbeta: por lo menos, desde el lado del sector rural, y sobre todo con los movimientos campesinos, hay una gran heterogeneidad en cuanto a este proceso. MOCASE, el MAM, el Movimiento de Campesinos de Córdoba, surgen más como una cuestión política que económica. Surgen a raíz de la defensa de un derecho a permanecer en la tierra que viene siendo avasallado por lo que el corrimiento de la frontera agropecuaria supone. En términos más precisos, la llegada a estas economías regionales de productores, en general del área pampeana, para la realización de cultivos orientados a la exportación, sobre todo soja, supuso el desplazamiento de pequeños productores campesinos con tenencia precaria de la tierra. Entonces, por lo menos en este caso, no descarto que haya otros casos, me parece que la cuestión es primero política, y una vez organizados en defensa del derecho a la tierra surgen estos nuevos emprendimientos productivos, que tienen por objetivo el mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones rurales y que a su vez, buscan asegurar justamente ese derecho a permanecer en la tierra. El campesinado siempre estuvo integrado al modelo agropecuario nacional desde una

posición subordinada. Las cooperativas en las décadas del 70 y del 80 tenían este fin, era integrarlos al sistema agroindustrial pero en forma subordinada. En este sentido, lo nuevo de estas organizaciones es justamente lograr una integración que es de otro tipo, no es la integración subordinada al modelo agropecuario sino que es una integración con el objetivo de lograr una sustentabilidad económica, social y ecológica de las comunidades. A su vez, a nivel regional, intentan avanzar en un proyecto político con otras organizaciones a través la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) , y a través de la CLOC en Vía Campesina. Es un proyecto político, al cual no sería útil de nuestra parte, imprimirle una direccionalidad. Es, nada más ni nada menos que un proyecto político.

Agustín Salvia: En esto vos confirmás lo que dice Julián, que hay una fuerte presencia de destacamentos de promotores. En ese sentido, coincido con la mirada de Julián de que en todo caso que son tales destacamentos los que le dan a estos movimientos un contenido político, son ellos los que le dan una direccionalidad política. Ahora bien, creo que la función que objetivamente están desarrollando tales promotores -más allá de lo que subjetivamente desearían llevar adelante- es la de mejorar las condiciones de subsistencia y de reproducción de los agentes involucrados. Acá aparece la discusión acerca de si cuando están haciendo eso objetivo no están creando otras prácticas que subjetivamente modifican la capacidad futura del actor social, o están chocando contra instituciones o normas o sistemas o modos de organización que al hacerlo –independientemente de que quieran hacerlo- degradan o debilitan la capacidad del Estado y la economía capitalista de autoregularse. Ahí hay un punto de coincidencia, en general, como posibilidades. Esas son las posibilidades, ahora, cuando miro la evidencia empírica pienso que esas son sólo posibilidades potenciales pero no objetivas. Las prácticas políticas tienden a reproducir prácticas de subsistencia, por mucho que aparezcan como prácticas nuevas. Más que las nuevas prácticas lo que aparece, a mi juicio, son elementos de sentido nuevos, cómo se los lee desde la opinión pública y desde el poder tales movimientos y sus manifestaciones. No es que aparezcan estructuras generales de poder, sino que los medios comunicacionales crean determinados objetos de consumo para la opinión pública cargados con un sentido de generalidad de los cuales los propios actores se valen para fortalecer su capacidad de negociación. No existe “el movimiento de fábricas recuperadas”, ni tampoco “el movimiento piquetero”, existen experiencias y acciones colectivas muy puntuales luchando por reivindicaciones particulares. Esto, más allá de que haya actores

importantes, como ATE, CTA, u otros vinculados a estos movimientos de campesinos, emulando, a mi juicio, algunos movimientos que aparecieron en Brasil, u otras experiencias internacionales. También es cierto que no sé mucho de esas experiencias, pero lo que creo cabe plantear es que no existe un movimiento campesino en busca de apropiarse de la propiedad de la tierra, existe una experiencia de yerbateros que tratan de mejorar sus ventas de producción de yerba en algunos circuitos, y tratan de defenderse de la ofensiva de otros agentes económicos, o en algunos lugares donde la frontera agrícola se expande, defenderse del avance de la soja sobre su tierra. Y aparecen como experiencias puntuales frente a problemas concretos.

Pablo Barbeta: Efectivamente hay gente de la universidad, o de las ONG trabajando en estas organizaciones. Por lo que mi trabajo de campo me indica, es que la ingerencia sobre la organización de estos promotores, como los llama Julián, no es tan grande. Porque en realidad lo que tratan de hacer es generar un proceso de autonomía, de crear un sujeto político. Menciono tan sólo un ejemplo: la explotación de un campesino con tenencia precaria de la tierra en Córdoba estaba siendo alambrada por uno de estos productores que sostenía ser propietario de esa tierra. El Código Civil argentino sostiene que la posesión de la tierra puede ser defendida con igual fuerza por su poseedor veinteañal, en este caso, el campesino. Dentro de la organización se abrió un debate acerca de si desalambrar o no. Y en este sentido, el papel de los técnicos fue muy claro. La decisión debe ser tomada por el campesino. Es decir, es la decisión de los campesinos la que vale y por lo tanto, la ingerencia de los técnicos tiene un límite, que es la toma de decisiones. Y por este lado todas estas organizaciones lo que buscan es crear nuevas formas de hacer política, que tienen que ver no tanto con la representación y la delegación sino con toma de decisiones que tengan que ver con el consenso y con la autonomía de las comunidades campesinas. Si hay un sujeto político campesino, en otras palabras, un movimiento social campesino, es imposible de saber por la gran diversidad de organizaciones que existen. De lo que podemos hablar es de la conformación de redes o espacios de articulación entre movimientos campesinos. Un ejemplo que puedo mencionar es la Mesa Nacional de Pequeños Productores familiares.

Agustín Salvia: El hecho de que se creen nuevos lazos subjetivos en estas experiencias es parte del proceso social. El tema es pensar si esos procesos tienen

significancia política, histórica, más allá de esta experiencia puntual. Hace 30 años cuando había toma de tierras ocurrían estos procesos donde la asamblea decidía si se tomaba la tierra, a nivel urbano. Y más allá de que los actores políticos sean otros, o no -según cómo uno lo evalúe-, estas situaciones en las que los trabajadores de la patagonia se levantan contra los estancieros, o los del Chaco contra las empresas de quebracho, tienen que ver con instancias de socialización y de lazos que van construyendo una identidad en la afirmación de su reivindicación. Y esto no tendría nada nuevo, en nuestro país ni en el mundo. ¿Qué tendría de específico, de distinto, eso hoy? Esta es la pregunta que yo les hago a ustedes.

Julián Rebón: si yo hago una lectura superficial yo siento que vos decís que no vale la pena luchar, porque al final el sistema siempre se impone.

Agustín Salvia: no por ahí por lo menos.

Julián Rebón: esta es la lectura que alguien hace de eso. A ver, cuál es lo original, nuevo, cuál es el aporte significativo para la salida de la crisis del capitalismo argentino. Yo digo: no, por ahí no es la cosa. Uno: Las luchas, cuando se lucha, objetivamente no es que se logra todo aquello por lo que se lucha. Pero es verdad que esta sociedad sería mucho más injusta, más desigual, más inhumana si no existieran estas luchas. Dos: cuál es para mí lo central e interesante que plantea el tema de la empresa recuperada? La posibilidad de avanzar los trabajadores sobre la producción. La posibilidad de empezar a esbozar una crítica práctica a la forma capitalista de producir. Un talón de Aquiles para toda la experiencia anticapitalista a lo largo del siglo pasado: construir un orden socioproductivo alternativo. Esto qué quiere decir: ¿construir un orden socioproductivo alternativo? No, plantean el problema. ¿Podemos conocer más de eso? ¿Se puede profundizar? ¿Se puede incorporar eso a la teoría? ¿Se puede incorporar como herramienta potencial ante otros procesos? Ahora, objetivamente esto ya representa una acumulación y va a expresar algo que va a ser significativo, de acá en más, para la lucha... no, es un desafío construir . Objetivamente lo que hay representado, y ahí me baso siempre más en el nivel de la acción que de la conciencia, porque sabemos de Marx para acá y de Piaget para acá, no tienen por qué estar pegadas, objetivamente han logrado construir, por un período, en el cual la competencia capitalista se había agudizado brutalmente, y había un repliegue del campo productivo, espacios, sin quererlo, sin saberlo, espacios de innovación social. Y han podido defender su

identidad, al precio de tener que transformarla parcialmente. A veces, y ahí viene la tensión con vos, el precio fue alto y a veces el balance final fue positivo. Objetivamente fue más que la reproducción simple de la identidad. En otros es verdad que no han logrado ni siquiera eso. Pero en líneas generales creo que la reproducción fue más bien positiva en ese sentido, están mejor que antes. De hecho, de última habría que hacer la experiencia empírica de ir y preguntarle, hay también el problema de las valoraciones, preguntarle si prefiere volver a la empresa asalariada o prefiere esto. Podríamos también resolver parte de la discusión. Me da la sensación de que sí, que es positivo porque construye otro espacio. Obviamente las que fracasan y no pueden más, bueno, pero esto es un poco el tema. Capaz algunos de los debates que están acá presentes se pueden resolver empíricamente. Otros no.

Pablo Barbeta. Me parece que preguntarle a estas experiencias si se trata de experiencias que tienden a la transformación social, con mayúsculas, estaría reeditando un viejo debate acerca de si hay un sujeto histórico del cambio social. Y sí así lo hiciéramos sería un camino de análisis equivocado ya que ni los propios actores se lo plantean así. Lo que podemos decir, es que por ejemplo, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, que está creando nuevos espacios de socialización, que trata de quebrar la cultura política clientelística de la provincia, bastante aferrada. Los emprendimientos productivos, las cooperativas, las redes de comercio justo, a su vez, buscan desarticular aquellas relaciones sociales con lazos con los "turcos", es decir, aquellos comerciantes-intermediarios que compraban la producción campesina a precios muy por debajo de su valor y vendían las mercaderías a la población muy por encima. Además, están desarrollando otros emprendimientos que desde una visión estatista los tendría que estar haciendo el estado como ser la construcción de represas, pozos de agua, incluso en Córdoba el Movimiento de Campesinos cordobés está fumigando contra el Chagas. Creo que lo importante a resaltar, es que estas experiencias tienen fuerte impacto en el ámbito de la comunidad.

Agustín Salvia: Tal vez coincida con vos Julián en el hecho de que la sociedad sería más injusta sin estas prácticas, sin estas luchas...

Julián Rebón: sí, yo pensando ahora en lo que cuenta Pablo y en lo que yo trabajé, no tanto en lo que vos me contás de cartoneros, prostitutas, etc., que asumen otro carácter.

Agustín Salvia: Nosotros buscamos en empresas recuperadas, tal vez no las políticamente más movilizadas, y lo que descubrimos es este escenario de un sujeto necesitado, más que un sujeto liberado. Un sujeto nostálgico de lo perdido, esto es lo que encontramos, así como vos encontraste otra realidad, es decir que ambas dinámicas deben estar presentes.

Julián Rebón: Yo creo que todo estos discursos son parte de la realidad, pero en el rompecabezas total ¿cómo se encajan?

Agustín Salvia: Sin descartar que esto sea así, hay muchas luchas puntuales que generan mejoras en las condiciones de vida, sin las cuales sería peor para los sujetos. También hay que ver qué efectos esto produce al nivel del balance colectivo, al nivel del proceso histórico. Mi tradición estructuralista no me lleva a poner el énfasis en la felicidad del sujeto sino cómo las condiciones subjetivas emergen y se articula a un todo, a una sociedad compleja. Esta es mi mirada. Cuando miro el proceso no puedo negar que veo en efecto esa carga que se ha dicho acá, positiva. No digo que no. De hecho creo que hay formas de subsistencia más dignas, unas que otras. Pero también veo que más allá de la experiencia que dejan en el control de la producción estas experiencias de autogestión, creo que el resultado es una sociedad capitalista mucho más controlada. La dinámica de esto no es lo que aparece, aparentemente hay una sociedad más convulsionada o con más dinamismo capaz de ser más reactiva a las transformaciones. Lo que yo veo en realidad es un proceso disipativo de experiencias de subsistencia, capaz de ser coordinadas con mucha más facilidad por un modelo político económico más poderoso.

Julián Rebón: Con relación a qué decís más ordenada?

Agustín Salvia: En principio a los ciclos de crisis o de convulsión, o incluso a las luchas sociales o políticas que podrían estar dándose en los últimos 30 años. Creo que aparece una sociedad mucho más disipada y atomizada por el poder dominante que en las décadas anteriores. Podríamos hablar de la coyuntura, pero uno empieza

a tomar procesos más locales que no me gustaría tomarlos en cuenta. No considerar la coyuntura actual, mirar todo esto en una perspectiva más de largo plazo. Más allá de que esté Kirchner o no esté Kirchner, la estrategia política del Estado es justamente garantiza el mayor control social de esta diversidad. Y esto va a seguir dándose, esa es la dinámica: yo veo una sociedad mucho más controlada, donde queda cada vez más legitimada la explotación de la fuerza de trabajo asalariada, por ejemplo, mientras la sociedad progresista se va ocupando de estos movimientos donde aparecen las nuevas prácticas de cambio. Las posibilidades de cambio siguen estando todavía en el campo de las relaciones asalariadas formales. Aquí los actores protagónicos dentro del campo social o popular siguen siendo las viejas prácticas corporativas de los sindicatos en su relación con los sectores de la burguesía, el poder económico. El cambio económico y social se negocia en estas negociaciones más tradicionales, no sin nuevas formas más locales de acción y representación, pero en este espacio de relaciones económicas y sociales. No lo veo a través del campo de la marginalidad, a través de actores necesitados jugando con experiencias de autogestión, sin crear mayores descalabros al régimen de acumulación capitalista ni al sistema político. Lo dije duro para en todo caso ser provocador. Hay que luchar, pero ¿por dónde luchar? ¿Por esos espacios de subsistencia, para que la gente viva un poco mejor? Me parece que esa no es la tarea de quienes pensamos transformar la realidad histórica. No es sólo que esa gente viva mejor, ese es un objetivo, pero no es haciendo acciones de caridad, o acciones específicas para un grupo específico, sino cómo creamos condiciones para que todos vivamos mejor. En esa perspectiva creo que el acento no debería estar puesto en estas experiencias, las cuales no descarto que aporten algo, sino que debería estar pasando por otros actores. Incluso por los sectores medios, que hoy por hoy están bastante movilizados por la opinión pública, y creo que serían actores muy importantes para una transformación de la sociedad en términos más justos y con una distribución de recursos más equitativa. Esa clase media, a través de estas acciones se asusta, rehuye, no se siente identificada, creándose justamente peores condiciones para el futuro de estas propias organizaciones y de los sujetos vinculados a ellas.

Julián Rebón. Yo retomo eso de que “no es tan así” (risas). De algún modo presuponemos cosas que quizás no necesariamente intersubjetivamente compartimos. Creo que si uno compara las relaciones de fuerza actuales con las de 10, 20, 30 años atrás, es lógico decir ¿estamos mejor? No, estamos peor, si uno

podiera hacer el ejercicio de medir a nivel de las relaciones de fuerza objetivas, relaciones de fuerza política, etc. esto aparecería bastante claro. El tema es con relación a qué lo comparas. Objetivamente, buena parte de estas luchas, el modo que asumen es un carácter corporativo, con momentos más trascendentes, con momentos menos trascendentes, pero que hay un corporativismo de empresa, a veces de rama, etc., que está presente. Está presente además en la clase obrera en general. Y muchas veces ni siquiera está presente, y ese es el problema. En este sentido, comparando con lo que es el sindicalismo, también, hay un corporativismo. Si uno lo piensa en términos del sujeto histórico o de perspectivas a largo plazo, obviamente, yo en ningún momento planteo que esta es la "papa" para el tema, porque objetivamente no es así. Y ahí volvemos a lo mismo: que plantea elementos que son válidos, que sirven, yo estoy absolutamente seguro de eso. Lo otro es que muchas veces el nivel que tienen las entrevistas, en alguna empresa, es como que a veces sugiere parte de la verdad, verdades parciales, y a veces te cuesta articular la verdad total. Por eso nosotros no hicimos dos o tres entrevistas de lo que suponíamos más real, entrevistamos a todas las empresas recuperadas de nuestro universo, hicimos ciento cincuenta encuestas. En tal sentido es importante intentar plantear un trabajo de investigación buscando tomar la totalidad, o una muestra que tienda a ser representativa del todo, para ver de qué modo la parte de realidad que cada quién observa se puede empalmar con el resto.

Pablo Barbetta: me parece que hay una cosa a tener en cuenta: que el capitalismo por sí mismo genera exclusión. Con lo cual es difícil pensar la refundación de un pacto en el cual todos estemos incluidos, de acuerdo a las reglas capitalistas. Hay todo un sector, incluso nosotros, Julián, que tenemos la experiencia de nuestros padres y tenemos la experiencia de estar incluidos, de tener el trabajo formal y aspirar a eso. Me parece que hay generaciones que esa experiencia no la tienen, y que lo más probable es que no la tengan, y va a ser complicado pensar en estos términos, de inclusión-exclusión en los términos en que se genera el capitalismo actual en Argentina.

Agustín Salvia: Yo quería hacer un comentario, porque desconozco bastante del tema aquí en el país. En México estuve algo de tiempo. Durante el último período que estuve ocurrió la emergencia del Comandante Marcos. Y otras reacciones campesinas y de movimientos sociales de distintos tipos. Hasta donde sé, han quedado recluidas y logran autofinanciarse a través de ONGs creadas para tal

efecto y de un mundo globalizado que les permite, vía subsidio a la comercialización de productos artesanales, sostenerse. Este es el espacio que el capitalismo mexicano, integrado a EEUU, le ha dado a esta experiencia fuertemente revolucionaria en cuanto a los símbolos que usó. Un poco antes de esto, en México, tuve oportunidad de observar empresas recuperadas por los trabajadores, y estas experiencias fueron quedado absorbidas por este capitalismo y el sindicalismo mexicano, en forma extraordinaria. Tal vez la experiencia de Marcos rescató esas experiencias de lucha, tal vez esto se rescate en el proceso histórico, es cierto, en ese sentido te doy la razón, todo se transforma, nada desaparece, la energía social muta, pero de ahí a que mute organizadamente en función de procesos de transformación... no es cuestión de voluntad individual. Hay otras experiencias en México, que también conozco, en Oaxaca, donde hay cooperativas de café, que venden café a Holanda. Hay experiencias de este tipo de campesinos que se han organizado y trabajan con asambleas, promoviendo alguna de ellas en mi época de juventud en México, he trabajado en ejidos con estas cuestiones, pero lo que no visualizo es cómo esto socava las reglas de juego del capitalismo agrario. Yo ya te entendí que son las marcas que deja la historia y que el movimiento obrero o la lucha social las recuperará supuestamente en su proceso de lucha. Pero la historia no es inercial ni tiene un destino predeterminado, y esto que llamás memoria histórica es construcción de sentido que puede servir en uno u en otra perspectiva. Ahora bien, yo creo que le hacemos un flaco favor a la lucha social a través de la "ideologización" de la acción colectiva, cargándola de un sentido que no tiene, y no mostrando como tales acciones son funcionales al poder económico y político.

Pablo Barbeta: sí, si uno lo plantea como socavar nuevamente en mayúsculas es medio complicado pensarlo. Pero me parece que la permanencia de estos campesinos organizados es una cuestión de derecho. Los campesinos históricamente viven ahí, tienen una tradición, una cultura, y obviamente tienen un derecho, reconocido por el Código Civil, a permanecer en sus campos. Que los campesinos sigan permaneciendo en sus tierras, en un contexto donde la lógica capitalista que los arrincona, les pasa por arriba con la avioneta fumigando Round Up, les contaminan las aguas, es una discusión política.

Agustín Salvia: Supongamos que todo eso podamos regularlo, que haya un país más moderno y civilizado donde se mantengan las reservas campesinas aborígenes bajo cierta protección.

Pablo Barbetta: No, pero va más allá de la regulación, porque tiene que ver con un modelo de ciencia, en el cual está sustentado en el modelo agropecuario, un modelo de derecho, que supone un derecho único, y no una multitud de derechos, comunitarios, que hay más que un derecho, varios derechos más allá del Código Civil.

Agustín Salvia: Una reforma del Código Civil para hacerlo más ágil y dinámico, más funcional a los conflictos emergentes... ¿Vos decís que esto cambiaría sustantivamente el capitalismo agrario argentino? ¿Que una reforma del derecho que cree la posibilidad de la expropiación o que cree la posibilidad de que existan ejidos colectivos, o que las cooperativas tengan una cierta entidad jurídica distinta...? A mi juicio, todo eso, en el espacio del capitalismo argentino, ocupa lugares económicamente marginales, inofensivos. Un capitalismo salvaje no permite nada de eso, pero es posible que un programa capitalista más inclusivo integre estas demandas. En ese proceso se va dando un cambio social, en manos no de los sectores explotados sino en manos de un capitalismo, de un poder económico que quiere regular condiciones de legitimidad para seguir acumulando capital y poder. Por supuesto que ese capitalismo no concedería las áreas más rentables.

Julián Rebón: o cuando las tenés, tenés que luchar tanto, como el caso de Zanón, te tenés que matar para que siga adelante... Pero la capacidad de institucionalizar la tiene el capitalismo, como pasó en su momento con el sindicato, como pasó con la huelga. Pero yo vuelvo a lo mismo. Si es mejor o es peor. Cuando mencionabas lo de Chiapas y el zapatismo, vuelvo a lo mismo, ¿es justo exigirles a los zapatistas, un grupo de comunidades campesinas-indígenas, que transformen una sociedad tan compleja como la Mexicana? ¿O es positivo que puedan cambiar sus condiciones de vida, de existencia, limitadamente, pero han cambiado? Y además aporten a la democratización de México, y además aporten al reconocimiento de los indígenas en México. Yo en ese sentido no soy tan pretencioso con la lucha de los otros. Sí me parece correcto, eso lo comparto, describirla con el mayor rigor posible, no atribuirle más de lo que es. No caer en la ilusión sino construir la esperanza. Esto lo comparto. Pero no me parece exigirle tanto a la lucha de otro, porque si no, ¿Quién es uno? Si yo exigiera tanto a los que luchan no podría dormir, tendría que

exigir tanto a mí mismo que me sería imposible. Sí comparto, hay que describirlo lo mejor posible.

Pablo Barbeta: Yo te daría vuelta la pregunta: ¿Es posible regular el capitalismo?

Agustín Salvia: Sí. Si hay actores económicos y políticos interesados y capaces de hacerlo. Hay experiencias históricas concretas, no es que sea una ley inmanente al capitalismo su regulación o su no regulación. La ley inmanente al capitalismo es la acumulación, la explotación del trabajo. Después ¿cómo se regula eso? Bueno, hay países como el nuestro, que es incapaz de regular nada o que sólo es capaz de negociar la concentración monopólica. Pero hay otras experiencias históricas, por eso cuando vos hablabas de la exclusión: ¿hay capitalismo sin exclusión? Sí, sin exclusión pero no sin explotación del trabajo. Creo que es posible. Hay sociedades que lo han logrado. Tiene que ver con cuáles son sus estrategias, la calidad de sus dirigentes, cómo se articulan los actores y cuál es la fuerza de esos actores en el proceso histórico global. Yo no les exijo a los marginados ser protagonistas de la historia, lo que quiero destacar es que no lo son. No son hoy los protagonistas. Eso no quiere decir que no participen del proceso histórico y que a través de sus acciones colectivas no hagan más vivible la vida que les toca vivir. Pero desde el punto de vista del proceso histórico están muy lejos de poder ser los protagonistas del cambio social.